

JUAN BAUTISTA DURÁN

# *Convivir con el genio*



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
*Sin título* (detalle), José Antonio Aristegui

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Juan Bautista Durán

© Editorial Comba, 2014

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

ISBN: 978-84-942522-3-5

Depósito Legal: B-21.347-2014

# Índice

Prólogo	7
I	
Au-pair	13
Volver a enamorarse	25
Turista de sombrero ladeado	39
Quai Saint-Michel	47
II	
Nicolás de las doce	57
Acerca de Bonald	63
Los resultados	69
Blasi a tres bandas	75
Planchar divisas	85
III	
Aviario	97
Convivir con el genio	109
Sueños con tesoro	143

*A la Bretona  
y a quienes tomaron parte en esta convivencia.*

## Prólogo

No están todos los que son, pero son todos los relatos que están, y éste es el motivo del presente prólogo, dar somera cuenta de la selección y del porqué son éstos y no otros, si es que logro explicarme, si es que yo mismo encuentro palabras para definir lo que en mi mente está tan claro y es como un relato más, el conjunto que los une y hace de ellos, a la manera flaubertiana, una especie de collar. Que el collar sea de perlas, de piedras o de baratijas, éste ya es otro asunto, que no me corresponde a mí aclarar.

El relato que da título a la compilación, *Convivir con el genio*, está en la tercera parte del libro y es con diferencia el más largo, al punto de que, en otro contexto, podría considerarse una novela breve. Ahí está el Burrito Ortega, que sin comerlo ni beberlo, tras ser uno de mis ídolos futbolísticos de adolescencia, se ha convertido en la referencia de un libro que habría podido montarse de muchas maneras pero siempre en torno a la peripecia que él motiva. El Burrito aúna tres aspectos que me inquietan: el talento, el carácter, el apodo. Tener un nombre es casi tan importante como ser («Cualquier cosa que no existe y tiene un nombre termina por existir —escribió Silvina Ocampo en sus cuadernos—; en cambio, cualquier cosa que existe y no tiene nombre termina por no existir.») pero tener un apodo es mucho más que

ser, es un doble bautizo que no niega el original, sino que lo afirma, al tiempo que enfatiza la parte más particular de uno mismo, el genio, esto es, aquello que nunca logramos quitarnos de encima.

El genio no sólo es el don que un artista pueda tener, sino la parte más excéntrica que hay en todo quisqui, la parte que, en mayor o menor medida, nos hace insoportables para unos y admirables para otros; es lo que escapa a la razón, en definitiva, lo que en este caso quise que articulara el libro, de un modo razonable, se entiende, siendo exquisito y riguroso y aun censor. Al fin y al cabo, mis historias son mis obsesiones y no las puedo cambiar de la noche a la mañana, pero tampoco debo abrumar al posible lector. Si la escritura es arte, y el arte, en palabras de Antonio Machado, juego, así la literatura es un juego muy serio al que nos damos con una pasión casi infantil, dispuestos a llenar páginas y más páginas que tarde o temprano nos quitan el aliento y nos recuerdan que la vida sigue, y que el juego, para que funcione, tiene que respirar por sí mismo.

Cada parte del libro tiene una unidad propia, y por eso, aunque las compilaciones de relatos permitan una lectura aleatoria, recomiendo el orden expuesto. La posición en que vienen los relatos tiene también algo de nombramiento, por la existencia que se les otorga, y espero haber acertado en esta tarea no menos difícil. Algunos de ellos se publicaron previamente, bien en prensa o en ediciones mínimas, a cuyos editores agradezco enormemente su voluntad e interés. Los relatos publicados fueron *Nicolás de las doce*, en La Vanguardia, verano de 2009; *Acerca de Bonald*, en una “plaquette” de los Encuentros Albor, otoño de 2013; *Los resultados*, *Blasi a tres bandas* y *Planchar divisas*, en un libro de autor titulado *A tres bandas* con fotografías originales de Castillejo Olán. Además, *Sueños con tesoro* forma parte

de un proyecto académico en el que participé con el grupo de música Delafé y las flores azules, y ahí me nombro y me repito y existo, como en todas las historias, a través de los personajes.

J. Bautista Durán  
Barcelona, septiembre de 2014





**I**



## Au-pair

Enfield es un pueblo tranquilo junto a la campiña inglesa donde el año pasado estuve trabajando de au-pair en una familia con tres nenas. Tenía diecisiete años y era la primera vez que cruzaba el charco, una chance que no dejé escapar pues siempre quise conocer lo que había al otro lado. Acá todo es tan extraño que hasta el amor parece un poco de allá. Me levantaba todas las mañanas a eso de las siete para preparar el desayuno de la familia Mills, así se llamaban, un apellido tan común en Inglaterra como el desayuno que debía prepararles: huevos fritos con beicon para el señor Mills y leche con cereales para la señora Mills y las nenas. Yo comía según me diera, unos días huevos fritos con beicon como el señor Mills y otros leche con cereales como las señoras. Los días en que comía lo mismo que ellas, el señor Mills solía reírse de mí. «Martín, eres una mujercita», me decía en inglés, aunque lo peor era el tono, porque yo le entendía bien y sabía que en verdad ese «mujercita» significaba «maricón».

Cuando los señores se iban a trabajar, yo me quedaba en la casa cuidando de las nenas, muy buenas las tres. Apenas debía preocuparme, hacían sus tareas de verano y no bien terminaban se iban donde sus juegos. A veces me preguntaban, pero yo no sabía, tenía alguna dificultad con el idioma y además los estudios nunca se me dieron demasiado bien.

Me preguntaban si era de letras o de ciencias, y qué sé yo, si me dieron el aprobado para largarme del colegio. Y cuanto más lejos, mejor. De hecho, llegué a la casa de los señores Mills recomendado por el Colegio Británico de Buenos Aires: Martín Sacomano, natural de la provincia de Buenos Aires, expediente regular pero excelente persona. Al principio los señores Mills no lo tuvieron claro, ellos buscaban una muchacha, pero a falta de muchacha les convencieron desde el colegio para contratarme.

Además de cuidar de las nenas, todos los días debía limpiar la cocina y el jardín de la casa, un jardín amplio y grande como el de la mayoría de las quintas del barrio. Tenía que cuidar el pasto, regar las plantas y echar a los pájaros cuando las nenas andaban por ahí. Era una manía de la señora Mills, un tanto histérica, en este sentido, ya que ni las nenas les daban bola ni los pájaros eran malos. Un poco más ilustrados que los de acá sí lo eran, claro; un pájaro británico jamás será como uno argentino. Yo iba tras ellos con las palmas y les decía «volá, volá», sobre todo cuando andaba cerca la pequeña de las nenas, Annie, seis años pero la más espabilada. A Annie le encantaba cuando les decía «volá, volá», se reía como una loca y me decía «sos muy gracioso, Martín». Y no lo decía en inglés, sino que le enseñé a decirlo en español, tal como lo decimos acá. A las otras hermanas, de nueve y once años, no les parecía tan divertido, estaban en su mundo y jugaban a ser princesitas en la pieza de mamá. Se miraban en el espejo con algunas prendas que la señora Mills les dejaba para sus juegos. «Si vienen a jugar con la ropa de este placard no les digás nada», me aclaró en los primeros días.

Lo que más les gustaba a los señores Mills era que a media mañana me llevara a las nenas a la pileta municipal, no bien hubieran finalizado las tareas y se hubieran aseado. Eran unas nenas muy limpias y aseadas; se tiraban horas encerradas en

el cuarto de baño, demasiadas, pero no les podía decir nada porque yo era un pibe y no la muchacha que solicitaron. La que menos rato estaba era Annie, aunque eso sería cosa de la edad. Y en cuanto terminaban, si el día estaba bonito, las llevaba a la pileta, a unos veinte minutos caminando, quizá menos, ya que las nenas caminaban despacio y les gustaba retrasarse. «Volá, volá», les decía, como a los pájaros. Era el único modo de que se dieran prisa. La pileta era un lugar óptimo, en el que daba bastante el sol los días en que se veía, que no eran muchos. Enfield no es Mar del Plata. Allá las nubes, la niebla y también la garúa son lo que más abunda, un poco agobiante en ocasiones, sobre todo cuando había garúa y el señor Mills me mandaba retirar un tronco mal puesto en el jardín. Yo lo miraba como diciendo «¿ahora?» y él me respondía «Martín, demostráme que no sos una mujercita». Y ya sabés que cuando decía «mujercita» en verdad pensaba «maricón».

En cualquier caso, me gustaba llevar a las nenas a la pileta. Era una excursión agradable. Por aquellas calles apenas había tráfico y podíamos andar tranquilamente con las bolsas y las toallas e incluso una colchoneta, para que la mayor se tumbara en medio de la pileta en plan Lolita de Enfield, a la espera de un pequeño gentleman que la rescatara. Algunos días era la mediana quien se tumbaba ahí, mientras Annie se reía de sus disputas. «Hoy me toca a mí, el otro día estuviste vos.» «Dejame, no me acuerdo del otro día. ¿Qué día? Estás loca.» Se mandaban mudar una a otra, hasta que intervenía yo y ponía paz, o al menos algo parecido a la paz, un turno. Annie nunca se metía porque ella todavía llevaba el flotador y hacía burbujitas con el agua. «¡Mirá, Martín, mirá!» Qué bien aprendió el español, era la única que me prestaba atención.

Fue gracias a Annie como conocí a Pamela, nombre de muchacha en flor, sí, estamos de acuerdo, más aún cuando